

# Capítulo 20

# FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

*HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA*

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel  
Telefax: 460-0872  
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000  
500 ejemplares  
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715  
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch  
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

## Discurso en la ceremonia de entrega de la Condecoración Post-Mortem de la Orden Nacional «Al Mérito» al doctor Félix Denegri Luna

HORACIO SEVILLA BORJA  
Embajador del Ecuador

Señoras, señoritas, señores:

Se me ha encargado el alto honor de depositar en manos de la señora María Boza viuda de Denegri Luna la joya, el original del Decreto Supremo número 489, y el Diploma de la *Condecoración Post-Mortem* de la Orden Nacional «Al Mérito», en el Grado de Gran Oficial, que el Gobierno del Ecuador confiere al señor doctor don Félix Denegri Luna.

El Presidente de la República del Ecuador, Jamil Mahuad, me ha instruido además que exprese a los familiares del doctor Denegri, a los amigos y relacionados de este notable personaje de nacionalidad peruana e identidad latinoamericana —presentes en este acto— su admiración personal por el trabajo que desarrolló en el curso de su fructífera existencia don Félix Denegri Luna en campos tan variados como el derecho, la historia, las ciencias internacionales, la bibliofilia. También me ha pedido el señor presidente Mahuad hacer público el reconocimiento y gratitud del pueblo y del Gobierno ecuatorianos por las valiosas y oportunas contribuciones del doctor Denegri al proceso de paz entre nuestros países.

La Medalla de la Orden Nacional «Al Mérito», creada en el año de 1921 está reservada a ciudadanos ecuatorianos y extranjeros que hayan prestado relevantes servicios y contribuciones a la patria y a la humanidad, a personajes que han contribuido al entendimiento y comprensión entre sociedades y naciones. El doctor Félix Denegri Luna es un muy digno merecedor de esta presea de oro que se encuentra dentro de una Cruz de Plata en forma de placa, con una corona de laurel también de oro, un círculo en esmalte rojo y una cadena de montañas nevadas representadas en esmalte verde y blanco, que simbolizan la cordillera de los Andes que une sólida, indestructiblemente, a Perú y Ecuador.

Durante varios años, muchos años, demasiado tiempo, esta condecoración no ha sido otorgada a ciudadanos o ciudadanas de nacionalidad peruana. Los problemas políticos bilaterales que felizmente acaban de ser superados, habían traído como lamentable consecuencia adicional la suspensión —de lado y lado— del proceso normal de entrega de reconocimientos y condecoraciones nacionales, normales en los usos diplomáticos. El justo homenaje que hoy rendimos a Félix Denegri pone punto final a esta situación. Su noble y amigable figura, el valor de sus contribuciones, tienen este valor simbólico adicional.

En el doloroso proceso de nuestros pasados enfrentamientos bélicos existieron muertes de soldados de ambos países a quienes recordamos reverentes por su sacrificio. Félix Denegri Luna es el primer soldado de la paz, que se fue definitivamente de nosotros el 6 de diciembre de 1998, precisamente el día de la fundación española de la ciudad de San Francisco de Quito —apenas cinco semanas después de haber sido testigo de excepción de la firma de los Acuerdos de Paz en Brasilia— mientras participaba en la capital ecuatoriana en un Congreso de Historiadores para buscar una mayor armonía en los textos de enseñanza de la historia en los dos países.

Rendir homenaje póstumo al doctor Félix Denegri Luna es una tarea especialmente grata para quienes tuvimos el honor de conocerlo y compartir con él sus inquietudes intelectuales y, sobre todo, su pasión por el logro de la paz entre nuestros países.

Como hombre de especial inteligencia y dedicación al estudio Félix Denegri Luna presenta varias facetas: el abogado prominente que honró los foros legales de su país; el gran coleccionista de libros que llegó a formar la biblioteca privada más grande y valiosa del Perú y la más completa en el Perú sobre el Ecuador; el académico y maestro universitario que presidió la Academia Nacional de Historia, el Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica, que fue distinguido con el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Chile e incorporado como profesor honorario de la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cuzco y de la Pontificia Universidad Católica del Perú; el historiador serio y apasionado de notable producción científica especialmente en el campo de las relaciones del Perú con los estados vecinos; el asesor juicioso y ponderado en la Comisión Consultiva de Relaciones Exteriores del Perú; y, sobre todo, el amigo siempre dispuesto a escuchar y compartir proyectos, y el hombre —el intelectual peruano— que compartió con su amigo ecuatoriano, el historiador y hombre de letras Alfredo Pareja Diezcanseco —que se le adelantó en el tránsito a la eternidad—, la pasión por ver de nuevo juntos a los pueblos peruano y ecuatoriano.

El doctor Denegri contribuyó como pocos a la paz felizmente alcanzada entre Ecuador y Perú en octubre pasado. Cuando en ciertos sectores de ambos países surgieron dudas sobre la conveniencia de respaldar los Acuerdos de Paz,

algunos de cuyos puntos no dejaban satisfechos a todos los sectores ciudadanos, estuvo él listo a disipar dudas con su sabio consejo, su venerable presencia y su patriotismo de peruano a toda prueba. Las dos naciones, sin duda, han perdido a uno de sus mejores hijos.

Ya antes tuvo la iniciativa de convocar a un valioso grupo de historiadores del Perú para reunirse periódicamente con un grupo similar de los más valiosos y representativos historiadores del Ecuador. Los encuentros de Salinas, primero, y de Cañete después, que tuvieron lugar en un momento estratégico del proceso estatal de conversaciones diplomáticas, contribuyeron en gran medida a un mayor entendimiento y a una mejor ubicación de la temática.

Recuerdo con nitidez a Félix Denegri cuando hace solo unos pocos meses mostraba entusiasmo juvenil en la preparación de su viaje al Ecuador para participar en el Congreso Nacional de Historia. Recogía materiales, planificaba cuidadosamente las visitas a intelectuales e historiadores ecuatorianos, hacía citas para visitar por enésima vez más las principales bibliotecas de Quito, Guayaquil y Cuenca, con una energía y vitalidad que a nadie hacía presagiar su prematura ausencia física. Conseguía datos inéditos sobre el pintor cuencano del siglo XIX Manuel Ugalde, a quien veía como un valioso vínculo de unidad entre los países andinos: Ecuador, Perú, Bolivia, entre Cuenca-Arequipa-Cochabamba, ciudades en las que Ugalde trabajó, nació, vivió y murió.

Su fallecimiento acaecido en la misma ciudad de Quito tiene mucho de simbólico; es la muestra más evidente de la importancia que él asignaba al reencuentro de dos pueblos hermanos, a su predisposición permanente para colaborar en esta tarea. Por eso asumió con plena conciencia y coraje el riesgo de viajar hasta las alturas andinas de la capital del Ecuador, en acto que —sin que él se lo proponga— lo inmortaliza como uno de los más firmes y decididos luchadores por la paz, de aquellos que no escatiman su propio bienestar en aras de sus ideales.

No puedo, en este punto, resistir a la tentación de hacer una breve disquisición de índole estrictamente personal. Conversé por vez primera con Félix en enero de 1996, en este mismo salón de la residencia del embajador del Ecuador en Lima en el que hoy nos encontramos. Lo conocía ya antes a través de sus escritos, de sus acciones, y por referencias de amigos comunes.

En esa ocasión estuve en esta ciudad acompañando al canciller ecuatoriano Galo Leoro para el primero de la serie de varios encuentros que en ese año mantuvo con el ministro de Relaciones Exteriores del Perú Francisco Tudela, encuentros que fueron claves para toda la fase posterior de negociaciones ya que allí se convinieron los procedimientos del proceso y definieron las materias de la controversia.

Me impresionó de inmediato la calidez humana, la lucidez, el entusiasmo y la determinación de Félix Denegri de contribuir a la pronta solución final de la centenaria controversia bilateral, pese a estar como nadie consciente de las profundas diferencias de las posiciones oficiales.

Un año después vine a Lima ya como embajador en el Perú y desde entonces mantuvimos un frecuente diálogo ininterrumpido, ya en el ambiente austero de su famosa biblioteca, ya alrededor de su espléndida mesa preparada con esmero por su cónyuge. Muchas veces honró con su presencia esta residencia y era visitante asiduo de las oficinas de la Embajada, en donde las secretarías ya sabían que le debíamos tener listo su vaso de Coca-Cola, asunto un tanto problemático en un lugar en el que únicamente servimos Inca-Kola por solidaridad con la producción peruana. Tal era su familiaridad en nuestras oficinas que el personal de la Embajada ya no se sorprendía —como la primera vez— cuando en mi despacho le veían sentado informalmente en la alfombra revisando textos y desplegando mapas, y no en los sillones como se creía que correspondía a tan patriarcal figura.

Confieso que fui cómplice de la estratagema que Félix preparó para demostrar a Maricucha, su inseparable compañera y esposa, que era imprescindible su viaje a Quito en diciembre de 1998. Su señora, con esa insondable intuición femenina, no quería que viajase al Ecuador en esa fecha; tenía otros planes familiares, había preparado un viaje a Buenos Aires para visitar a sus hijos y nietos. Nada detuvo a Félix en su propósito de participar en el Ecuador en el Congreso Nacional de Historia, inmediatamente después de que se firmaron los Acuerdos de Paz. Me convenció para ser su secreto cómplice apurando comunicaciones, adelantando invitaciones, asegurando reservaciones, todo para demostrar a Maricucha lo inevitable del compromiso.

En Quito, esos días, Félix sorprendió gratamente a todos. Desbordaba optimismo y espíritu positivo. Hizo brillantes ponencias en el Congreso, miles de ecuatorianos lo vieron y escucharon embelesados decir unas cuantas verdades por televisión, subía y bajaba gradas con ímpetu juvenil, seducía y encantaba a las secretarías de la reunión.

Y le vino de súbito el ataque fatal. Estuve junto a él en la clínica. Médicos y enfermeras contaban amenas anécdotas sobre su fascinante personalidad: en la ambulancia que le transportaba le decía al médico «por favor doctor no me deje morir porque de lo contrario la Maricucha me mata»; luego de las numerosas pintas de sangre que le ponían bromeaba con las enfermeras diciendo «ahora no podrán negar que en mis venas corre sangre ecuatoriana».

Maricucha, tú y yo sabemos muy bien cuánto le habría gustado a Félix recibir personalmente esta condecoración. Pero sabemos también que hemos preparado esta ceremonia como a él le habría gustado: con amor, con alegría, con informalidad y sobre todo con la grata compañía de sus familiares y sus buenos amigos que hoy están con nosotros.



Nada más pertinente que recordar en esta ceremonia unas pocas frases escritas por el doctor Denegri en su libro *Perú y Ecuador, apuntes para la historia de una frontera*, que se publicó a inicios de 1996, es decir cuando se iniciaron las conversaciones de paz:

Creemos que nuestras repúblicas han alcanzado la madurez suficiente que obliga a meditar a sus más representativos hombres de estudio, para que juntos aporten las bases de cómo solucionar los problemas comunes aún existentes.

Como en toda enfermedad, lo primero que debe hacerse es reconocer, con la debida seriedad, las causas reales de la misma. Y así, sobre las bases sólidas que nos dé la verdad, que la Historia sirva como instrumento de acercamiento de nuestros pueblos, que nacieron hermanos; evitando que se perpetúen enfrentamientos estériles, que las más de las veces suelen estar al servicio de mezquinos y transitorios intereses políticos.

Para lograr esa meta debemos resguardarnos de cualquier concesión a los tentadores cantos de sirena de patriotismos fáciles y dañinos, por un lado. Por el otro, que una falsa cordialidad sacrifique la verdad en pro de lograr un ficticio y temporal apaciguamiento.

Ambas posiciones conllevarían a resultados equívocos, artificiales y perecederos.

Queremos decir algo que tanto ecuatorianos como peruanos no podemos desconocer: tenemos una historia común. Creemos que ha llegado el tiempo de que la estudiemos conjunta y serenamente en ambos países, no con el espíritu del abogado que se prepara para litigar, que infelizmente eso ya se hizo, sino con la visión que busque con transparencia la verdad histórica.

Debemos avanzar sólida y definitivamente hacia nuestro objetivo de unir a dos pueblos hermanos con un destino común, que no deben olvidar que son parte de una patria más grande, Hispano América.

La súbita muerte del doctor Denegri cuando se aprestaba a conmemorar sus primeros 80 años de vida —a todos nos parecía que tenía para rato— nos arrebató a los ecuatorianos la posibilidad de decirle en su presencia lo mucho que lo admiramos, de expresarle públicamente el respeto que nos merece su obra a pesar de obvias discrepancias de interpretación histórica. Lo hacemos hoy, algo tarde, en este 10 de junio de 1999, exactamente a los seis meses del día de su sepelio en esta ciudad de Lima. Félix Denegri Luna no solo está presente en nuestros pensamientos sino que se encuentra dignamente representado por su viuda la señora María Boza de Denegri —nuestra querida «Maricucha»— por sus hijas, hijos, nietas y nietos, a quienes entregamos con especial satisfacción esta condecoración.

Muchas gracias.